

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 14 de Enero de 1926

La historia del bufón

¿Por qué S. M. el Rey Luciano I no se sentía feliz en su palacio? ¿Por qué siendo tan joven, tan poderoso y abnegado, no se veía jamás satisfecho de su suerte?

Su palacio, aquel blanco edificio que se alzaba a orillas de la gran ciudad, esbelto y soberbio, tanto por su grandeza como por su valor artístico, estaba clasificado como el mejor del mundo, y su trono, nada menos que del Sha de Persia procedía.

Su patria próspera, adelantada, civilizada y productora; su ejército numeroso y bien organizado, todo, todo contribuía a que el Monarca pudiera llamarse feliz.

Y, sin embargo, no lo era, no podía llamarse feliz. Paseando un día por el jardín de palacio, cuyo ambiente, embriagado de perfumes singulares, gustaba al Monarca respirar con frecuencia, descubrió, casi oculto por unas altas matas, un bulto negro, cuyo continuo movimiento llamóle poderosamente la atención.

Le seguían, como siempre, sus favoritos; y a uno de ellos mandó ver de lo que se trataba.

Con la blanca y ensortijada mano palpó el favorito aquello que suponían bulto, y cuál no sería su sorpresa, cuando en aquel mismo instante vió que se trataba del propio Bufón del Rey, el cual, al verse de tal modo sorprendido, salió de entre las matas, poniéndose de pie.

El Rey, cuya presencia no había sido advertida todavía por el Bufón, se acercó a éste muy extrañado, y entonces vió con verdadera angustia y sorpresa al mismo tiempo que su rostro y sus ojos estaban humedecidos por el llanto, y que por su labio inferior se deslizaba un hilo de sangre... ¿Por qué su Bufón lloraba? Jamás, a no verlo, hubiera creído esto.

¿Y a qué fin venía el derramar aquella sangre? Todo ello le extrañaba mucho, muchísimo, hasta el punto de dudar si era aquel hombrecito contrahecho que ante sí veía su auténtico Bufón. Pero sí, ¡era el mismo! Quiso, pues averiguar a qué pudieran obedecer las lágrimas y la sangre, y antes de hacer pregunta alguna, púsose a recordar... Luego de haber visto con el pensamiento las escenas de días anteriores que en su comedor real se habían desarrollado siendo protagonista el Bufón, pensó, en el gran banquete que unas horas antes de aquel mismo día se había celebrado entre los nobles del reino.

Recordó también que durante el mismo, el Bufón, a fin de hacer reír a los demás, se hallaba saltando y haciendo aquellas graciosas piruetas, y vió al pobre hombre caer de bruce, oyendo un grito de dolor. Mas esto no pareció interrumpir su chispeante tarea, por cuanto al incorporarse de nuevo, siguió haciendo reír.

Pero ahora ya comprendía el Rey; el grito de dolor no había sido inventa-

do por su lengua; el verdadero mal no había hecho más que ocultarlo, y ahora mostraba las consecuencias.

Todavía una cosa no había sabido el Rey explicarse: el motivo del llanto amargo de su Bufón. No creía que el mal pudiera haberle obligado a llorar y ponerle los ojos tan rojos y el rostro tan pálido.

Queriendo, pues, salir de dudas, se sentó en uno de aquellos grandes asientos de mármol, blanco como la nieve, y luego de ordenar al Bufón que se sentara a sus pies, le rogó le dijera la causa de sus lágrimas.

—Señor—dijo el Bufón—yo, como todos los de mi oficio, os diré que es falso cuanto hacemos. Aunque vos me veis más ratos alegre y sonriendo, que triste y llorando, muchas veces, cuando mis ojos brillantes están fijos en vos, mi alma, herida como la de pocos bufones, se aleja acompañada del pensamiento a aquella cabaña humilde y alegre, riqueza y mansión de mi vieja madre. Si, mi madre, la misma que me crió en aquel delicioso valle junto a aquella montaña gigante, en cuya falda está la cabaña.

Por mí facha y figura, y como un vulgar bicho de caza, se apoderaron de mí, vuestros hombres, separándome del único sér que me quiere para obligarme a desempeñar un oficio con el que jamás había soñado... ¿Tendré la dicha de volver a ver a mi madre querida?

—¡Nada te falta en palacio! ¡Puedes pasar muy bien sin contar con esa dicha.

Así contestó el Rey a su desgraciado Bufón, una vez terminó éste su historia, y levantándose de su asiento se alejó, dejando al desdichado sentado en tierra, quizá más afligido y triste que antes.

II

La noticia era sensacional. Por las calles de la ciudad, grupos de personas de todas las clases comentaban lo ocurrido. La anciana Reina, madre del joven Rey, había muerto de repente.

Los soldados vistieron de duelo, los vehículos cesaron de pasar frente a palacio, y las más altas personalidades del reino llegaron para dar su pésame al Monarca.

Este se hallaba abatido, confuso, y lleno del mayor pesar.

También ante sus ojos desfiló la graciosa figura del Bufón, el cual aquel día tenía terminantemente prohibido hacer ni tan solo un gesto de aquellos con que tantos contaba en su repertorio. Pasó, pues, serio, muy serio, ya que la tristeza reinante, sobre todo aquel día, habíale quitado sus ocurrencias de Bufón. Pero en cambio, su figura desternilladora seguía lo mismo. ¡Bien sabía el pobre hombre que tan solo la muerte había de variar! Se introdujo entonces en su habitación, y allí pensó y dijo para sí:

—«¡Ahora sabrás lo que es la madre, por más bienes y riquezas que poseas! ¡Quizá la tristeza no te abandone hasta la muerte!»

Y así sucedió: el Rey, desde aquel día, no se vió contento, ni pudo llamarse feliz.

El Monarca se acercó a uno de los muchos servidores fieles y arrogantes, que a sus órdenes tenía, y le dijo:

—Manda preparar un buen carruaje con sus cuatro caballos, y cargar en el mismo las provisiones necesarias para tres hombres en seis días de viaje.

Así lo hizo el servidor, y luego le dijo el Monarca:

—¡Llamad ahora mismo a mi Bufón. Cumplióse la orden, y una vez allí su Bufón, le dijo:

—Ahora mismo voy a mandar en busca de tu madre, para que viva contigo en palacio; creo que te alegrará esta noticia, ¿no es así?

—Señor, no me alegra; por el contrario, me entristece.

—¿Cómo! ¿No te satisface que venga tu madre a palacio para vivir los dos juntos?

—Así es, en efecto; no me satisface.

—Entonces, ¿acaso preferirías volver a vivir de nuevo a la cabaña del valle?

—Ya lo creo; ¡como que es éste mi único deseo!

—Dime, pues, por qué.

—Porque aquella cabaña, aquel valle y montaña, me recuerdan los días felices de mi edad de niño, cuando cogido de la mano de mi buena madre, me dirigía al bosque para coger las ramas con que hacíamos la lumbre. Y este palacio con su portento y riquezas, solo me recuerda y me recordará mientras lo vea, los ratos tan tristes y horribles de mi amargada vida.

El Rey se pasó la mano por la frente.

De pronto, y con la mayor satisfacción, dijo resuelto:

—Está bien; ya puedes despedirte de todos para siempre. Mi carroza te espera para conducirte junto a tu madre. Vive allí como tú deseas, y si algo necesitas, mi mayor gusto será que lo solicites. Parece que la tristeza me ha dejado tranquila el alma, y algún día no te extrañe que nos veamos en tu cabaña, porque pienso ir con ocasión de mis cacerías.

III

El hombre que tantas penas había pasado entre los muros de aquel blanco palacio, tuvo la dicha inmensa (de que ya había perdido la esperanza) de abrazar a su madre del alma, la que, con sus cuidados y cariños, supo hacerle olvidar las penalidades pasadas.

El Rey, como dijo llegó a la cabaña del valle; ya no estaba afligido y triste, sino alegre y resuelto. Y a aquel que antes había sido su Bufón, lo consideró, desde entonces, como amigo muy querido.

MARTIN GRACIA Y MARTIN

Fábulas de Lafontaine

Las ranas pidiendo Rey

Cansáronse las ranas de vivir en república, y tanto clamaron; que Júpiter les dió la monarquía que solicitaban. Hizo caer del cielo un rey tan pacífico, que no podía serlo más. Pero produjo

tal estruendo al caer, que aquella gente anfibia, medrosa y asustadiza por demás, se ocultó corriendo bajo de agua, entre los juncos y las cañas, en el fondo y los escondrijos del estanque, sin atreverse en mucho tiempo a mirar cara a cara al que juzgaban terrible gigante. El gigante no era más que un poste, que asustó a la primera rana que se atrevió a salir de la madriguera; pero al poco rato se acercó, temblando todavía, y como otra la siguiese, y otra después, reunióse un tropel de aquellos tímidos animalejos; y perdiendo el miedo, saltaron, en fin, familiarmente sobre el temido monarca. Su majestad lo consintió, sin dar señales de vida, y en el acto comenzó Júpiter a oír nuevos clamores.

«¡Dadnos, decía el pueblo de la charca, un rey de veras!» y el rey de los dioses envióles una voraz grulla, que incontinenti comenzó a atrapar y engullir súbditos a su antojo.

¡Qué lamentos entonces, los de las ranas! Pero Júpiter les contestó: «Basta ya de veleidades. ¿Ha de estar acaso pendiente mi voluntad de vuestro capricho? Dehistéis conservar vuestro primer Gobierno; y en caso de mudanza, daros por contentas de que vuestro rey fuese pacífico y manso. Puesto que a aquél no lo quisistéis, aguantad ahora a éste, aunque no más sea por miedo a que os envíe otro peor.»

El dedo meñique de la abuelita

Lección a la muñeca

Para una niña de cinco a siete años.

La escena representa una sala llena de juguetes y libros, Mercedes está vistiéndose su muñeca; luego la persigna, la dobla las manos como para rezar. La niña se ha puesto atado al cuello un delantal blanco de la camarera.

Merceditas (dirigiéndose a la muñeca.—Ahora tomarás chocolate y luego a darle los buenos días a la abuelita, que ya ha vuelto de misa. (Luego de instalada la muñeca con su juego de porcelana delante, figurando que se desayuna después de colocarle el babero, Merceditas coge una mantilla que quedó echada sobre las sillas y fingiéndose algo encorvada, se acerca despacio a la muñeca y le dice con voz de vieja): Buenos días, Milita (la besa). Qué tarde te levantas hoy... Una señorita que desde esta noche, tiene ya sus siete, años no debe dormir tanto... Dientes nuevos, vida nueva... (Hace como escucha la muñeca y dice en alta voz):

Merceditas. ¿Cómo, cómo fue eso?... ¿Antonia no quiso acostarte?... Cuidadito con las mentiras... Las mentiritas te hicieron ya saltar los dientes una vez... y si te saltan los nuevos, ¡bonita te vas a quedar! No creas que puedas echar por tercera vez... Y no podrás comer más que la sopa, y ¡te gusta tan poco! (Vuelve a hacer como que escucha lo que la muñeca le contesta le enjuga los ojos y dice):

Merceditas. Si, no llores diciendo

que no mientes. A la abuelita no se la engaña, porque el dedo meñique lo sabe todo. (Hace como que escucha su meñique y dice con voz sentenciosa):

Merceditas. Antonia no quiso acostar a la niña antes que pidiera perdón a su hermanito por haberle llamado malo y embustero... y la niña bien sabía que era verdad aquello de haber metido los cinco dedos en la compotera... Bien mareados quedaron los dedos... ¿Te parece ahora bien darle a Antonia la culpa de que la nena, por terca y orgullosa, no obedeciera.

(Mercedes hace como que la muñeca llora, la coge en brazos, la mece y besa y con su voz natural, dejando de fingirla para imitar la abuela, dice): Ya te quiero, no llores; bien sé yo lo penoso que es cuando el dedito de mi abuela le cuenta mis picardías.

EMILIA M. DE A.

FRASES HECHAS

«Ir de la Ceca a la Meca».

¡Caramba, que cosa más rara! habréis dicho vosotros al oír esta frase tan común.

Hace muchos siglos, un moro, llamado Abd-Alah, se hallaba en la mayor miseria. Era artista y se dedicaba a grabar monedas. El pobre hombre había terminado una moneda preciosa, y tenía la pretensión de que fuera tomada como modelo para fabricar todas las monedas del Imperio.

Fué con su grabado a la Casa de la Moneda y se le dijo que, para lograr su intento, visitara al kadí Ben-Yusuf, que vivía en la Meca. Allí se fué nuestro hombre, a pie, y cuando llegó, el kadí, por otro camino distinto, habíase dirigido al poblado donde vivía Abd-Alah. Entonces, el pobre grabador se fué de nuevo a su tierra adonde llegó dos meses después.

Mas, ¡ay! El kadí ya se había vuelto a la meca, según le advirtieron en la Casa de la Moneda. Y Abd-Alah tornó a la Meca.

¿Creéis que entonces encontró a Ben-Yusuf? ¡Gran error! Aún hizo el viaje seis veces más, y cuando, por fin, pudo encontrar al kadí, fué rechazado el modelo.

Y ya sabéis, puesto que Ceca significa Casa de la Moneda, el por qué de la frasecita «Ir de la Ceca a la Meca».

MADRID

CAPITAL DE ESPAÑA

Aunque no tengo más que doce años, he viajado ya mucho, y cuando he ido de viaje, mi papá y mi profesora me han obligado a escribir unas cuartillas contando lo que vi por donde estuve. Así que, si me lo permiten podré contar a mis lectores cosas muy bonitas. Además, tengo muchos libros de historia y de viajes, que me hacen leer cuando voy a algún sitio, y así aprendo sin tener que estudiar mucho, porque estoy algo delicado de salud.

Hoy voy a hablar de mi tierra, que es Madrid, pero como no puedo contar todas las cosas que hay en esta gran ciudad, sólo hablaré de algunas. Sin embargo, de un libro de Madrid, que me regaló mi tío el día de mi santo, he podido sacar datos para conocer que esta ciudad fué escogida como capital de España por el Rey D. Felipe II, el que levantó el Monasterio de El Escorial, donde se enterran a los reyes españoles. El Rey Felipe III (cuyo retrato puede verse en el Museo de Pinturas, pintado por Velázquez) fué el que estableció, el año 1600, definitivamente, la corte en esta ciudad, que llaman del oso y del madroño. El origen de este nombre es que antes de construirse la ciudad, el sitio donde está hecha era un monte lleno de madroños y donde ha-

bía muchos osos. Dicen que en este monte vivía un matrimonio, que el marido era cazador y que tenían un hijo. Una vez que salió el niño al campo, volvió asustado, porque un oso se estaba comiendo unos madroños, diciéndole a su madre: «Madre, ¡id! y de aquí que tomara este sitio el nombre de «Madrid».

El principal edificio de esta corte es el Palacio Real, que, según mi libro, lo hizo en el reinado de Felipe V un italiano llamado Sehoti, ayudado por el español Ventura Rodríguez. Antes había habido un gran alcázar, que se quemó. El palacio que ahora ocupa el Rey D. Alfonso XIII, es uno de los palacios más hermosos del mundo y es de estilo Renacimiento. Tiene salones muy hermosos y llenos de riquezas. Los principales son: el de las Columnas y el del Trono, donde el Rey y la Reina reciben a los embajadores y a los personajes los días de su santo. Hay en el palacio muchos y preciosos relojes, y un salón todo de porcelana, que dicen que es como uno que hay en los palacios de Aranjuez, que yo vi y que es precioso, llenas las paredes de chinios y chinias y muñecos de porcelana de colores. También tiene el palacio una Armería, llena de armas, lanzas y espadas de todas las épocas, y el equipo militar del Rey D. Alfonso XII. Son dignas de admirar las Caballerizas Reales, sobre las cuales podría escribirse mucho.

En ellas he visto también los automóviles de juguete de los Príncipes e Infantes.

Muchos palacios hay de nobles en Madrid, y los ministerios. El más hermoso de éstos es el de Fomento, que tiene sobre el tejado unos caballos de mármol, hechos por el escultor Querol, que era catalán.

Otro palacio muy hermoso es el del Congreso de los Diputados, que se hizo en el reinado de la abuela de Alfonso XIII, Isabel II. Ese edificio tiene en la puerta unos leones de bronce, fundidos con el de los cañones tomados a los moros en la primera guerra de Africa, en tiempo de dicha Reina Isabel. Un edificio parecido al Congreso de los Diputados es la Bolsa de Comercio de Madrid donde se reúnen los banqueros para sus negocios de comprar y vender. Frente al Congreso está la estatua de D. Miguel de Cervantes, el autor del Quijote, y hay por Madrid otras muchas estatuas muy bellas, como la de Isabel la Católica, la del Gran Capitán, la del Cardenal Cisneros, la de Castelar, la del general Concha, la de Cánovas y la de Colón, que está en Recoletos, frente a la Casa de la Moneda y del Museo Moderno, edificio que tiene también la Biblioteca y el Museo de Antigüedades. El mejor Museo de Madrid no es ese, sino el de Pinturas, que está en el paseo del Prado. En este Museo hay obras de todos los pintores del mundo, y muchas de Velázquez, Goya, Murillo y Ticiano. Vienen de todas las partes del mundo a verlo por su gran fama. Paseos hay muchos, pero los más hermosos son Recoletos, el Prado y la Castellana. En este paseo está el Hipódromo, donde se verifican las carreras de caballos, y hay un edificio, que antes dicen que era para hacer exposiciones y ahora está en él el Museo de Historia Natural, lleno de animales disecados, muy bien hechos.

Calles y plazas tiene Madrid muchas, y es muy divertido pasear por ellas.

De una cosa hay que hablar de Madrid, muy importante. Que el día 2 de mayo de 1808 se defendió de los franceses, que se llevaban al Rey y querían dominar en España. Recuerdan estos hechos heroicos la puerta que existe en la plaza del Dos de Mayo, donde murieron Daoiz y Velarde, y el Obelisco del Prado, donde enterraron a las víctimas de aquella defensa heroica.

Dos parques hermosos existen en Madrid: el Retiro y el del Oeste. El primero lo cedió Felipe III al pueblo de Madrid, que pagó a dicho Rey por él un céntimo para que figurara como vendido. En el Retiro hay una Casa de Fieras, muy bien puesta, de la que otro día podré hablar, si me lo permiten.

El patrón de Madrid es San Isidro Labrador, cuyo cuerpo habrán podido ver en la Catedral, pues se ha expuesto hace poco al público. San Isidro era conde del conde de Crescente, y en su casa de Madrid, en la cuadra donde guardaba los bueyes, se hizo una capilla, que se puede ver el día de San Isidro (en la plaza de la Paja). La casa de San Isidro está en la calle del Aguila, que también se puede ver el mismo día. En las afueras de Madrid está la ermita, donde se va a beber el agua que hizo San Isidro brotar de una peña.

Hay muchas iglesias, muy buenas, en Madrid.

Teatros, circos y cines hay muchos; y yo digo: que de Madrid al cielo, porque soy buen gato madrileño.

Y, para acabar, diré que nos llaman gatos

a los de Madrid, porque en el asalto de un castillo preguntó el rey a un capitán quiénes eran los guerreros que escalaban la fortaleza sin utilizar escaleras; el capitán dijo que eran tropas madrileñas, y entonces el monarca contestó: «Esos no son hombres, sino gatos.»

MANUEL DORDA.

El mozo del molinero

Existía en las afueras de París un molinero que tenía un mozo que era el que más trabajaba en el molino. Un día pasó el rey en el momento en que el molinero estaba sentado a la puerta; el rey bajó de su carroza y le dijo:

—Mañana tienes que ir a mi palacio, ni vestido ni desnudo, ni a caballo ni a pie, y sin ir por el camino, para adivinarme el pensamiento.

El molinero pasó todo el día impaciente, pero el mozo le dijo que no se apurara por tan poca cosa.

Y, claro, como el molinero tenía muchísima confianza en la inteligencia del mozo, que, además de ser un individuo listísimo, daba la casualidad de que se llamaba Cristóbal desde el mismo día que había sido bautizado, pues, según cuentan las crónicas francesas de donde hemos entresacado esta narración, no se apuró lo más mínimo. Empezó a sacar las cuentas del trigo que había molido, y se durmió.

Al día siguiente, el mozo se levantó temprano y se puso al cuerpo una arpillera, cogió una mula y corrió a campo traviesa; al llegar a palacio, el monarca le felicitó por su inteligencia, y le dijo:

—Sólo falta que me adivines el pensamiento; si sales victorioso, te daré una bolsa llena de monedas de oro.

El muchacho dijo: —Su majestad se cree que yo soy el molinero, con quien habló usted ayer; pues, no, señor: soy su mozo Cristóbal.

El rey se rió mucho por la inteligencia del mozo, dándole lo prometido.

FRANCISCO GARCIA MUÑOZ.

Caperucita encarnada

¿Cómo se llamaba la heroína de este cuento, tan popular, tan delicioso y tan infantil? Nadie sabría decirlo. Ni aun su madre, que estaba loca; ni su abuela, que estaba más loca todavía. En el pueblo la llamaban «Caperucita encarnada» porque siempre llevaba una caperuza de este color, y con ese nombre, tan delicioso como el cuento mismo, ha pasado a la historia.

Un día Caperucita encarnada tuvo que ir a casa de su abuela, que estaba enferma, a llevarle, de parte de su madre, un pastel y un puchero de manteca. Al pasar por un bosque, el lobo, que llevaba tres días sin comer, se acercó a ella y le preguntó adónde iba, no atreviéndose a devorarla allí mismo por temor a unos leñadores que muy cerca trabajaban. En su inocencia, la niña se lo contó todo, y hasta le dijo dónde estaba la casa de su abuelita: a la entrada del pueblo, más allá del molino.

El lobo quiso aparecer oficioso; él también iría a visitar a la pobre vieja; pero para no molestar a Caperucita con su compañía, iría por otro camino. Y tomando por un atajo la pérfida alimaña llegó a la casa de la abuela en pocos minutos, mientras que Caperucita encarnada se entretenía en el bosque recogiendo nueces y haciendo ramitos de flores.

El lobo llamó a la puerta.

—¿Quién va?—preguntó la abuela desde dentro.

—Soy yo, la Caperucita encarnada, que te traigo un pastel y un puchero de manteca.

—Tira del picaporte y el pestillo cederá.

El lobo abrió, saltó sobre la vieja, se la comió, y poniéndose su camisión y su cofia, se metió en la cama.

Poco después, Caperucita llegaba y llamaba a la puerta. Un poco más ronca le pareció la voz que desde dentro le preguntaba:

—¿Quién va?

Pero tal vez la abuelita estaba constipada, y la niña contestó: —Soy Caperucita encarnada, que te traigo

un pastel y un puchero de manteca de parte de mamá.

—Entra—dijo el lobo—; tira del picaporte y el pestillo cederá.

Caperucita entró, y el lobo, escondiéndose bajo la sábana, le dijo:

—Pon el pastel y la manteca ahí encima y ven a acostarte a mi lado.

La niña obedeció, y, al meterse en la cama, no pudo menos de asombrarse ante el inusual aspecto de su supuesta abuela.

Y entonces ocurrió aquella escena ingenuamente trágica, que se resume en el espantoso diálogo entre la niña y la fiera:

—¡Abuelita, qué brazos tan enormes tienes!

—Es para abrazarte mejor, hija mía.

—¡Abuelita, qué orejas tan grandes tienes!

—Es para escucharte mejor, hija mía.

—¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!

—Es para mirarte mejor, hijita mía.

—¡Abuelita, que dientes tan grandes tienes!

—Es para comerte mejor.

Y diciendo esto, el hambriento lobo, se arrojó sobre Caperucita encarnada y se la comió, como se había comido a su abuela.

Y así, de este modo tan dramático, terminó la sencilla historia de «Caperucita encarnada», historia que la humanidad considera cuento de niños y que, sin embargo, encierra interesantes lecciones, precisamente para aquellos que dejan de ser niños. Desgraciadamente, son lecciones que presto se olvidan, y el cuento de Caperucita repitese a cada momento.

Pero la inocente niña, que cruza el bosque con su capuchita de grana y su cesta al brazo, no tiene la culpa de que la humanidad sea olvidadiza, y merece su puesto entre las heroínas de la fantasía.

El ladrón, la araña y el mosquito

Érase un mozalbete de unos diez y ocho años, llamado Juan; era huérfano, y para poder vivir, se dedicaba a no respetar los bolsillos ajenos; un día, estando en su trabajo diario de apoderarse de lo ajeno, le sorprendió una pareja de guardias, deteniéndole e ingresándolo en la cárcel.

Cuando ya un día pensó en la fuga, que a fuerzas de trabajos la consiguió. Enterados de la fuga del recluso, salieron en su persecución guardias a caballo. Cuando ya el sol se ocultaba, Juan, cansado por la fatiga, se durmió; pero, de pronto, un mosquito se le posó en el rostro, dándole un picotazo tan grande, que Juan se despertó, advirtiendo a poco que se acercaban los guardias. Juan echó a correr, metiéndose en una cueva, que una araña se apresuró a tejer la entrada, y de este modo pudo salvarse Juan, porque al pasar los guardias por aquel lugar, y ver que la entrada de la cueva estaba tejida, pensaron que en aquella cueva no se habría ocultado, porque al entrar hubiera roto el trabajo de la araña. Y eso que dicen que los bichos éstos no valen para nada.

JOSE ORTUBIA.

Las bromitas que nos gastan los números

Escribid una cantidad de tres cifras, cuya cifra primera sea mayor que la última.

Para mayor claridad, la escribiremos nosotros, dando así el problema resuelto.

¿Os hace 743? ¿Preferís 491 ó 922? La que queráis. Sólo, ya digo, es necesario que la primera cifra sea mayor que la última.

Tomemos la segunda, ó sea 491, invirtamos sus términos de este modo, haciendo una resta después:

4 9 1
- 1 9 4

2 9 7

Invirtamos también esta cifra, y sumemos ahora.

2 9 7
+ 7 9 2

1 0 8 9

¿Veis la cifra obtenida, 1.089? Pues es la que conseguireis siempre que hagáis esta operación con una cantidad de tres cifras, sea la que sea, sin olvidar que la primera cifra sea mayor que la última.

Haced la prueba y veréis cómo tenéis siempre el mismo resultado.

Imp. de M. Sintes Rotger. Mahón